

**Fiestas  
Patronales  
Miranda de Arga  
1990**



# CON LAS VACAS A CUESTAS

Resulta habitual entre nosotros el uso de expresiones como "tener correa", "la correa le valió"... al igual que los toreros hablan de "atarso bien los machos" ante una faena comprometida. Igualmente nos asombra la carrera televisiva del encierro en las mañanas sanfermineras, cuando mozos y toros enfilan la empinada cuesta de Santo Domingo o la más suave y prolongada calle de la Estafeta, obligados los mozos a efectuar relevos intermitentes cada pocos metros por la velocidad que toros y cabestros imprimen a la carrera. ¿Y a qué viene todo esto?

Durante bastantes años -hasta 1955 aproximadamente (que me corrijan los abuelos de hoy, mozos de entonces)-, el encierro de Miranda transcurría por la calle Pílares, del Portal al Ayuntamiento y viceversa. Empinada cuesta la que sube a la Iglesia, entonces sin cemento, que ponía a prueba las piernas de los jóvenes, más entrenados en destripar terrones de barbecho, layar, edrar, segar y fascular, que en el deporte -pese a todo no faltaban durante el año buenos pelotaris en el rebote ni esforzados castillistas por la pradera verdinegra de la Morera-.

Cuesta arriba todos sabemos que las vacas corren con mayor comodidad y alevosía. Y en esa carrera de vacas y hombres, de pozuanas y alpargatas, la ventaja y la picardía en la embestida estaba siempre de parte del animal de dos cuernos y cuatro patas. La cuesta arriba le permitía a la vaquilla resabiada -la "Chimenea" de entonces, siempre viva en la memoria de los corredores de cada encierro cebarse en quien por falta de facultades, pocos reflejos o la noche es joven de entonces, dejaba trasero y costillar a merced de cualquier testuz de la manada.

También el hombre se defendía del animal. Había que extremar las precauciones ante la vieja vaca cansada y placeada, que tomaba rosuello y descanso en cualquier puerta o rellano. Allí, casualmente, alguien se empeñaba en que las vacas prosiguieran su obligada marcha de arriba abajo, haciendo uso de las herramientas más apropiadas -las tradicionales varas- siempre perseguidas y prohibidas por la autoridad competente en el bando de las fiestas -aquello de "maltratar ganado bravo"-.

Como las vacas costaban y cuestan su buen dinero, era y es opinión popular que este ganado bravo debía pacer en la calle lo menos posible. Cuando las vacas no estaban por la tarea, aparecía y siguen vivos y en pleno uso un sin fin de garrotes de todos los calibres, varas de arreo mular, asnal y de paseo, chuzos y pugnones, bastones de reglamento, junto a otros utensilios de madera muy respetables por su grosor. Nunca el hierro, eso no. ¿Quién no recuerda al alguacil de turno con aquellos "palitos" de hacer leña bajo el brazo,

que había quitado a los "mocosos" que asomaban la cabeza por el segundo madero empezando por abajo y que corrían a reponerse en el arsonal de su propio corral. Incluso llegaba el alguacil a despojar de algunas varas a personas semi-inocentes, que desahogaban el hambre y la miseria con palazos anuales a las vacas de Larrage, Falces o Funos, encaramados en el último madero.

Mientras duraba el cacheo reglamentario de la fuerza pública, allá quedaban en la reserva, tras las puertas, bien protegidos por la picardía de sus amos o el alboroto de una cuadrilla -demasiado peleona para la autoridad constituida y en acto de revista de armas- todo el arsenal de objetos contundentes. También hacía su presencia algún paraguas viejo, de varillas quizás soldadas con arte por "El Zupo". Hoy pocos recuerdan a este torero de feria en feria, vendedor ambulante de chucherías y héroe local por devoción ante las vaquillas en la plaza, cuando despojaba a dulzainas y trompetillas de la manta que las hacía más presentables, y que en tardes poco gloriosas desaparecía para siempre de su talabarte, dejando el negocio sin el mínimo de seriedad. Pero la clientela no disminuía por este motivo.

Todo no iba a ser gloria para los mozos en aquellos dos escasos días de vacas. ¡Cuánto tuvieron que reñir los jóvenes con los ayuntamientos de turno hasta conseguir un tercer día! Un año la autoridad desechó todo espectáculo taurino en favor de un festival de jotas radiofónico en la Plaza, con las hermanas Flamarique de Tafalla como estrofas de la tarde, y Elías recordando en versos forzados a los de Abastos y algo más.

Cuesta abajo desde el Ayuntamiento, las vacas se volvían igual de peligrosas. La fuerza de su carrera hacia el Portal convertía su embestida en algo más temible que su cornamenta. Si el buen corredor de toros debe mirar con frecuencia hacia atrás, aquí resulta primordial la vigilancia del astado en múltiples sentidos: a las vacas que suben, las vacas que bajan, las que toman la fresca ocultas en una entrada, las paradas por su gusto, las paradas por la fuerza bruta, las encerradas sin malicia y las aparojadas con serón y collarón. Algo inexplicable para la Europa de los 90.

Toda una serie de matices y conocimientos prácticos que un buen corredor de encierros de vacas de pueblo deberá observar con escrupulosidad desde el cohete inicial. Si quedaban en el olvido por un descuido, las cogidas resultaban impresionantes y, en ocasiones, las consecuencias físicas del golpe se arrastraban de por vida.

El encierro de hoy, en llano y cemento, frente a la tierra y el cascajo de la cuesta de ayer, es posible que haya perdido emoción, pero ha ganado en seguridad -las vacas en el cemento derrotan con más dificultad y la Cruz Roja vigila junto a la valla- y en espectadores que pueblan los maderos y el rollano de la Casa de las Torres. Los corredores del encierro han ido en descenso

con tantos días de vacas, hasta desaparecer por este motivo el encierro de mediodía. De igual modo, la plaza reclama año tras año más aficionados al revolcón en la mullida capa de arena. Han desaparecido del ruedo aquellas poco lustrosas mantas a cuadros del campo, capotes de brega improvisados, que no llegarían a ver el cierzo y el aguanieve del siguiente invierno. Mantas agujereadas y pateadas por la codicia de la vaca y la falta de técnica torera. al correr el mozo la mano a destiempo en aquellas tardes de luces, apuestas y manolas frente al Casino.

En el recuerdo de los recuerdos, con vacas en casa de Baztán, y esos paseos a base de mantas, sacos descosidos y sobrecamas de mamá en desuso, encierros polvorientos, mulillas de cuadrillas con banderas, algún caballo bien arreado al galope, como si vaca fuera, por la calle de salir las vacas ¡que gran chichón en el fatidico segundo madero de mis diez años ante el sobresalto y la espantada general sin previo aviso de orquesta! Son recuerdos de la niñez, que asocia vacas escapadas junto a la primera gaseosa en la primera enriquetá, el polo de la Polera y los cacahuetes de la Vitoriana. Además de la cerveza con gaseosa y el mucho vino absorbido por nuestros mayores. Aquel niño ya mayor piensa si fue sueño o realidad la cabeza grave y sensata del burro asomado a los balcones del Casino y el Círculo, subido en volandas por el alcohol que emanaba la noche.

Entre risas y chanzas, no puedo acabar estas líneas sobre vacas sin tener un recuerdo especial para dos toreros mirandeses. A "Guindilla", primero, por su tipo, porte y galantería, como bien corresponde a un primer espada retirado de los ruedos tempranamente. Todos pudimos contemplar su última faena en nuestra plaza hace aún pocos años. Ni la Tercera Edad ni la jubilación le impidieron vestir en postrer vez el traje de luces y encabezar un vistoso cortejo de juveniles peones y aguerridos picadores. Con esa gloria torera bien ganada se nos fue de este mundo. Pocos meses han transcurrido desde que moría "Manolín". Un hombre que gustaba dar unos pasos a las mayores vacas del encierro, así sentía mejor las fiestas de su pueblo.

¡Que Dios reparta suerte! Dicen que dicen los toreros al salir a la plaza. En estos días, que lo sea para todos por igual.

Juan Jesús Virto Ibáñez

